

armonía pasan de la suavidad de la brisa que orea, al viento que impele; por esto el poeta, tierno, suave, blando y enamorado, enamorado también pero sintiendo en su corazón el fuego que devora, en la excitación violenta que el amor le causa, en el paroxismo de la pasión, la canta con frases á las que nada iguala; parece cuando se lee, que un abrasador aliento nos circunda, que vemos á la mujer que arancó el

Tú pasas... y la tierra voluptuosa
Se estremece de amor bajo tus huellas,
Se entibia el aire, se perfuma el prado
Y se inclinan á verte las estrellas.

Hipérboles que nunca nos parecen exageraciones cuando estamos enamorados y que sin estarlo dejan de serlo ante muchas mujeres que dominan con su mirada y cuya hermosura nos lleva al deseo de morir y vivir de nuevo, para consagrarnos á ellas, tipo de mujer pensando en cuya boca escribiría Flores la composición *Un beso*, y ausente de la que, en el horrible dolor de aquella separación escribía la titulada *Ausencia*; mujer que un trono merece si su existencia real ha podido inspirar obras como las que el poeta nos presenta y que es cada una la valiosa hoja de laurel, con que sólo se ha formado la corona que dignamente puede ostentar.

Pálida, muy pálida es la idea que puede formarse del hombre que nos ocupa, por la expo-

sición sumaria de nuestro juicio. A ser posible, transcribiríamos íntegras todas sus composiciones; esto valdría más que todo lo bueno que puede decirse de ellas. No pudiendo hacerlo, sentimos que nos llevaría muy lejos el detenido y particular examen de cada una, y no haciéndolo, quedan por enumerar una serie de pensamientos más valiosa, que una catarata de perlas. Flores no canta el amor en que sólo el alma se embriaga; no hubiera sido ciertamente digno comensal del banquete de Platón; mas no revela tampoco la lubricidad de la materia; el amor que revela en sus composiciones, es un amor heterogéneo compuesto de cielo y tierra que en admirable contraste nos hace sentir y amar, soñar y querer. El suyo no es un amor experimentado por los sentidos, su corazón lo arrastra fatalmente á una embriaguez en la que construye un pasado, en la que errante la mirada contempla fantásticas visiones que sólo existen dentro de su imaginación absorto en las que se posee de dicha, que no es ni puede ser real, porque puramente es efecto del deseo que sin saber por qué experimentamos. Desde el amor ideal que nos lleva á la mera contemplación, hasta el amor material que revela nuestros instintos, dentro de esta avasalladora pasión hay un mundo de gradaciones, pero unidas de tal modo que, como en el iris, no podemos decir dónde comienza el rojo ni donde acaba el azul; en este sentimiento, al que llegamos las más de

las veces sin darnos cuenta, no podemos decir nunca cuándo ha sido sustituido por él la causa que lo inspiró; lo que propio de nuestra naturaleza se revela y puede revelarse, es el amor como determinante de un deseo, de una aspiración vehemente que nos lleva á la súplica, al ruego, para dar gracias unas veces, para hacernos exhalar suspiros otras, muchas más para ahogarnos en lamentos, que cuando no hijos de celos, son efectos de desdenes que nos hieren, sin que pueda ser esto referido solamente á una de las facetas, pues el amor de lo intangible, de lo que no se vé, ni se oye, nos lleva á la exaltación romántica, distante muy poco del éxtasis melancólico, que está á un paso de la locura, del mismo modo que el amor de los sentidos nos lleva á violentas sacudidas, que nos aceleran al sepulcro. El amor, como fuente perenne de inspiración, nos lleva al canto; pero, como ya hemos dicho, es muy fácil que caigamos en lo impuro, llevados del exceso de nuestra pasión.

Donde más se ha revelado la delicadeza de Flores es en la segunda parte de su libro, ó sea en las composiciones inscritas en los álbums de muchas damas, que pueden decir poseen joyas de indisputable mérito. Inspiraciones del momento, expresión repentina de un sentir que muchas veces cuesta más trabajo porque no lo es, pero que se quiere que sea, hay en muchas de ellas pensamientos bellos y delicados, imágenes brillantísimas, que se destacan en medio

de algunas incorrecciones y defectos necesarios, podemos decir, á este género de composiciones. Es verdaderamente una guirnalda, el total de las composiciones colocadas en esta parte del libro, guirnalda formada con flores tales como se cogieron en los prados; tienen siempre el aroma que encanta, pero junto á la nevada hoja del lirio, la hoja verde que primero seca el sol, tras la corola purpurina de la rosa, la espina que punza, tras la delicadeza de los pétalos, la rudeza de los tallos.

Querer la absoluta perfección, sería tanto como la divinización de un hombre, y esto no es posible. Manuel María Flores es de la tierra, por más que gracias á sus potentes facultades, se eleva muy por encima de los que también pertenecemos á ella.

Si como poeta original Flores demuestra incesantemente lo que puede, más lo acredita cuando pone sus relevantes dotes al servicio de los grandes ingenios que le han precedido, para verter á nuestra lengua grandes y poéticos conceptos que ellos dejaron en las suyas: siempre ó casi siempre vemos como sus aficiones se particularizan y, hallamos en la tercera parte del libro que nos ocupa, trozos de Safo y Horacio, de Byron y Schiller, de Shakspeare y de Dante, en los que hay algo de lo que él con tanta maestría expresa por cuenta propia, algo del *quid divinum* por que el mundo alienta.

De estas traducciones, las que más llaman la atención son el final del canto 5.º del Infierno

del Dante, la Ofelia de Shakspeare, (act. 2.º esc. 2.ª de *Hamlet*) la *Heloisa* de Quinet, el *To Penny* de Byron, el coro de los espíritus del aire de Goethe, y algunas otras; la que titula *Glicere* es una reducción de las Odas 19 y 30 del libro I de Horacio, y el fragmento *Junto á tí*, de Safo, aunque muy bien versificado, adolece de la falta de verdad que es de lamentar en las traducciones francesas de la supuesta amante de Faón.

Aquel que inspirándose en sus ideales amores y acendrados odios pudo producir una de las epopeyas que hacen el orgullo de la general literatura, el que cogido al celeste manto de la Beatriz querida, llegó á los cielos y por encontrar á sus enemigos políticos recorrió todos los círculos del infierno, corazón de hielo y fuego, hombre cuya flexibilidad es la de una espada, que por sus condiciones eleva su pensamiento hasta un punto al que no han podido llegar ni los dedicados especialmente á su estudio, que como medio de expresión disponía de una lengua delicada y rica, cuyos conceptos se desarmonizan al ser expresados en otro idioma, cuyos pensamientos pierden fuerza y hasta belleza, necesitaba para ser traducido y traducido en verso, un hombre de facultades especiales y un hombre que comprendiera el amor generador de amarguras que se apetecen, porque aquella Francesca á quien su amor ha llevado á vagar eternamente por los sombríos antros en que el poeta la encuentra, gime, llo-

ra y se queja, mas no se arrepiente, y en tanto habla estrecha contra su pecho al hombre herido por quien gustosa volvería á sacrificarse. El relato de aquella pasión hecho entre suspiros y sollozos, tal como lo dejó Dante, las frases sentenciosas que contiene, aquella sublimidad de pensamientos, y en una palabra, lo que ha dado lugar á que sea uno de los más bellos pasajes de la obra, hacía que al mismo tiempo fuera intraductible, pero esto sólo para los que no dispongan de las sobresalientes condiciones de Flores: él ha sabido conservar todas las bellezas del trozo que nos presenta, ha sostenido en nuestro idioma la melancólica expresión de aquel amor ardiente, prueba de que su inspiración sabe ascender por movimientos propios hasta el objeto ó asunto que la despierta, y que su corazón, lo mismo que late violentamente al sentirse herido por una impresión propia y subjetiva, se acongoja y vierte lágrimas ensangrentadas al recibir la sensación tristísima de la amante de Paolo, á quien glorificaríamos, y de la que el poeta mexicano se hace partícipe, conservando la expresión *dantesca* del original, por lo que el tipo tiene más brillantez que en la tragedia de Pellico; conmueve más que los apasionados cantos que en boca de la heroína pusieran Mercadante y Marcarini, y la sentimos en nuestra imaginación de más plástico modo que en los cuadros de Ingres, Arry Scheffer y Cabanel.

Para Flores no ha habido dificultad en nin-

guno de los detalles que más admiran en el triste relato de Francesca, y con sin igual fuerza, con sin igual valentía ha vertido á nuestro idioma las amargas que en la desgracia causa el recuerdo de la pasada dicha, la angustia del que no puede hablar sino llorar, la dulce contemplación que sin ser manifiesta, revela el amor de dos seres que juntos leen la uniforme impresión que la lectura causa, el estallido de la pasión que, cohibida, se manifiesta con más fuerza, la pérdida del goce cuando aun de su existencia no se tiene seguridad, el efecto que la narración causa y todo cuanto hace sentir que sólo un trozo de la portentosa obra del vate florentino haya ocupado al poeta mexicano, pues razón hay, dada la muestra, para que afirmemos, que la suya, si del total se ocupara, sería la mejor de las traducciones.

Encanta ver lo bien entendido que está el pensamiento de aquel sombrío poeta, que aun vive en la edad tétrica en que encadenadas las ideas por horribles temores, cuando se elevaban era á causa de un violento esfuerzo difícil de entender; verdad es, que lo mismo sucede con todos aquellos cuyos pensamientos aprovecha y cuya forma adopta para presentarlos á los que directamente no pueden llegar á ellos. Si difícil de traducir es Dante, no lo es menos Shakspeare, poeta de pasiones tremendas con las cuales animó á sus personajes. No podían seducir á Flores las bellezas de los can-

dentes celos de Otelo, ni la filosófica locura de Hamlet, no podían excitar sus sentimientos pasiones horribles como las de lady Macbet, ni vicios terribles como los de Silok, tenían que cautivarle bellezas seductoras, típicas manifestaciones de puro amor como Ofelia y Julieta, en las que el dramaturgo inglés veló las salvajes sacudidas de su corazón con diáfanos tules que aumentan la ilusión. Ofelia y Julieta son típicas representaciones del verdadero amor, que jamás concibe imposibles, sino que elevándose hasta el punto en que las distancias se salvan con el pensamiento y en que todos los obstáculos se vencen con el querer, enloquecen y mueren llamando la atención en sumo grado, pues la pasión de ambas heroínas tiene en la melancólica expresión con que está expuesta, la impetuosidad de una corriente que lame, socava y destruye.

La hija de Capuleto, á quien nada importan los odios de familia, que en nada repara ni nada la detiene por llegar á la satisfacción de aquel amor á que lo pospone todo, lo mismo que la cándida Ofelia á quien la muerte de su padre hace imposible el amor de que vive su alma, por lo que la mata el dolor; la que en brazos de su amante se niega á percibir las primicias del día, pues tiene más cerca la luz que la ilumina, el calor que la conforta y el espejo en que se mira, lo mismo que la tierna niña que enloquecida no teme á los muertos, ni le impone la terrible calma del cementerio y le

parecen blando lecho las fugitivas aguas que la llevarán al mar, digno sepulcro de tanta belleza y de tanta grandeza de alma, son los dos tipos que del gran dramático inglés escogió Flores para hacer gala de las señaladas dotes con que le favoreció el que por poder, nos ha privado de ellas. La invocación que Julieta hace á la noche en el act. 1.º, esc. 5.ª es una comprobación de cuán cierto es lo que decimos; aquella amante tierna, apasionada, cuyos ojos son como soles y no quiere más que las sombras de la noche, no porque más luzcan, sino porque en ellas puede darse la aproximación del hombre, refiriéndose al que exclamaba momentos después de haberlo conocido, al saber quien era,

My only love sprung from my only hate!
Too early seen unknown, and known too late!
Prodigious birth of love it is to me
That I must love a loathèd enemy.

Aquella invocación, decimos, es un bellissimo trozo donde el pensar amoroso se revela con expresión de vehemencia melancólica que atestigua el sentimiento de aquella virgen enamorada, que pide, ruega y suplica á la noche traiga al amante de su corazón, para que envuelto en sus sombras misteriosas nadie lo vea en sus brazos, amante que es para ella, el día en la noche, por el que hasta la muerte llega: en la versión que Flores ha hecho, omitiendo muchas figuras, giros y expresiones que atormentan

y atormentan aún á los comentaristas, omitiendo lo que es necesario al drama, pero aprovechando lo que era indispensable para la belleza del cuadro, ha trasladado cuatro pensamientos que resaltan en la esc. 2.ª acto 3.º de *Romeo y Julieta*, como los brillantes que con otras piedras preciosas alternan en una joya.

Cuantos se han inspirado en Shakspeare, cuantos han aprovechado la simpática figura de la hija de Polonio, como fondo de sus obras, han escogido situaciones definidas, casi todos la misma: Vest la pintó cantando loca ante la córte; Redgrave, sentada á la orilla del río; Milais, abandonada á la corriente; Lahman, enloquecida ya dando flores á su hermano; no recordamos ningún otro artista que haya reproducido á la enamorada de Hamlet en alguna otra situación de las muchas en que el poeta inglés la coloca: no obstante, hay pasajes en el drama donde el carácter, los sentimientos, la pasión, la interna lucha que la interesante joven sostiene, está perfectamente definida. Flores lo comprendió así, su corazón habrá paralizado sus latidos al leer el 4.º acto, y en las demás escenas donde Ofelia aparece habrá experimentado contradictorias sensaciones; pero donde ha comprendido el amor grande é intenso que domina, donde realmente existe la manifestación de lo que siente, la que sirve de término de comparación para mujeres ideales, es en la esc. 2.ª act. 2.º Aquella mujer, aquella cándida niña, forjada con oro y nieve, sien-

te en su corazón algo que la tiene triste; nada más triste que el amor que nace; el amor cuando nace inclina á la melancolía, y cuando crece, produce la mayor pena si no es correspondido: el dolor de Ofelia tenía que ser mayor que ninguno de los sentidos; había abierto su corazón á aquel hijo de reyes que se finge loco y cuya locura la enloquece. Rebose en su alma la pasión y la revela miedosa á su padre; dice lo que ha notado y su alma cándida ve en todo un signo que manifiesta conformidad con lo que le halaga, pues cuando con ansia apetece, los ruidos de la naturaleza, los movimientos de los seres, creemos son signos que nos auguran la realización de nuestros deseos. El alma humana tiene, como los antiguos pueblos, creencia en los augures; á solas en la plácida calma á que se abandone, se reirá de ellos, pero le son necesarios los augurios, madres de las ilusiones, que mueren con los años, como con los días las flores. La escena en que la niña cautelosa da cuenta á su padre de los temores en que se deleita, es tiernísima aun en el idioma del autor del *Hamlet*, y más dulce, tierna y armoniosa y siempre con igual verdad, aparece en la transcripción de Flores, de la que citaremos unos trozos para deshacer cualquier sospecha de parcialidad que pudiera surgir en el ánimo del que esto leyere.

Estaba sola, entró, tomó mi mano,
Con fuerza la estrechó,
Y con la otra apretándose la frente,

Como si fuera á dibujar mi rostro
De hito en hito, en silencio, me miró
.
Y de lo más impenetrable y hondo
Del corazón, oí
Que un suspiro lanzó... pero suspiro
Tan lamentable y cruel, que parecía
Que rompiéndole el pecho iba á morir.
.
Y luego, de mi lado lentamente
Alejarse le ví...
Pero vuelta la faz sobre la espalda,
Su camino sin ver, pasó la puerta,
Los ojos fijos... fijos... sobre mí.

Goethe, el gran pagano, cuyo nombre es un título de imperecedera gloria para Alemania, hombre que parece haber absorbido todo el genio de una generación, el que encarnado en una tradición no morirá nunca, porque las tradiciones son inmortales, es por su particular carácter un autor de difícil comprensión y casi imposible de traducir exactamente. Teniendo como fin grandes ideas huéspedes de su privilegiado cerebro, y como medio un idioma duro é ingrato para los que no hemos recibido en él las caricias de nuestra madre, pero rico y ductil, sus obras son cuadros que se contemplan y se admiran, pero que no nos atrevemos á imitar, son ideas que no nos aventuramos á revestir de otra forma, temiendo que se destruya la estricta y necesaria relación que entre uno y otra debe existir. El *Fausto* de Goethe, aun siendo una nebulosa, lo sentimos siempre; se da en nuestra conciencia y compren-